



LUISA CAMPUZANO

EN VÍSPERAS DEL DÍA DE THANKSGIVING DE 1977, LAURA PUENTE SE COMPRA UN CONJUNTO CHANEL TALLA 36 EN LORD & TAYLOR. HA LOGRADO ADELGAZAR MÁS DE 100 LIBRAS—VERDADERO ÉXITO ENTRE LOS EXILIADOS CUBANOS, TAN PATÉTICAMENTE GOLOSOS—, Y PESE AL PRECIO DEL TRAJE, SE SIENTE MUY, MUY FELIZ.

Entre 1919 y 1920 Anaïs Nin (1978) anota reiteradamente en su diario lo que la fastidia acompañar a cubanos a Lord & Taylor. Sus padres se han separado, y la familia de la madre, para no traerla de vuelta a La Habana con sus hijos, le monta en Nueva York, donde había estudiado como tantas niñas de la clase alta cubana, el negocito de asesorar en sus compras a sus adinerados conciudadanos.

En 1892, y hacia las páginas finales de sus crónicas norteamericanas de ese año, orientadas a demostrar que en los Estados Unidos los cubanos tienen las oportunidades que no podrían alcanzar bajo el régimen colonial, Raimundo Cabrera (1892) rememora,

como prueba irrefutable, su encuentro con un compatriota que ha llegado a ser gerente de Lord & Taylor.

Si hubiera tiempo y si tuviera sentido hacerlo, continuaría en marcha atrás el elenco de personajes reales o imaginarios que visitan esta primera gran tienda por departamentos, para terminar descubriendo que aún antes de su apertura como modesto almacén, en los años veinte del siglo XIX, ya había cubanos en Nueva York.

La novela en cuyas páginas compra Laura Puente su conjunto Chanel talla 36 se publica en Nueva York en 1992. Se titula *Dreaming in Cuban*, y su autora es la cubano-americana Cristina García.

En Nueva York, el desterrado José María Heredia edita en 1825 sus *Poesías*, que incluyen la “Oda al Niágara”, donde el recuerdo, en medio de un paisaje gélido, de “las palmas ¡ay! las palmas deliciosas/ que en las llanuras de mi ardiente patria/ nacen del sol a la sonrisa y crecen...”, instaura la nostalgia en las letras cubanas. Por esa misma fecha e igualmente en Nueva York, el también desterrado padre Félix Varela hace aparecer los últimos números de *El Habanero*, primer periódico independentista cubano, que había comenzado a publicar un año antes en Filadelfia (Gruez, 2002).

La cubierta del libro de Cristina García reproduce una de las grandes marcas más que identitarias, estereotípicas de lo cubano: es una caja de tabacos, de habanos...

En 1849, cuando todavía no había una ortografía precisa para el término, ya se vendían tabacos de La Habana en Nueva York¹, y comenzaban a fabricarse

Bordes y desbordes de lo nacional y lo cultural:

UNA OJEADA A NOVELAS Y OTROS TEXTOS DE CRISTINA GARCÍA

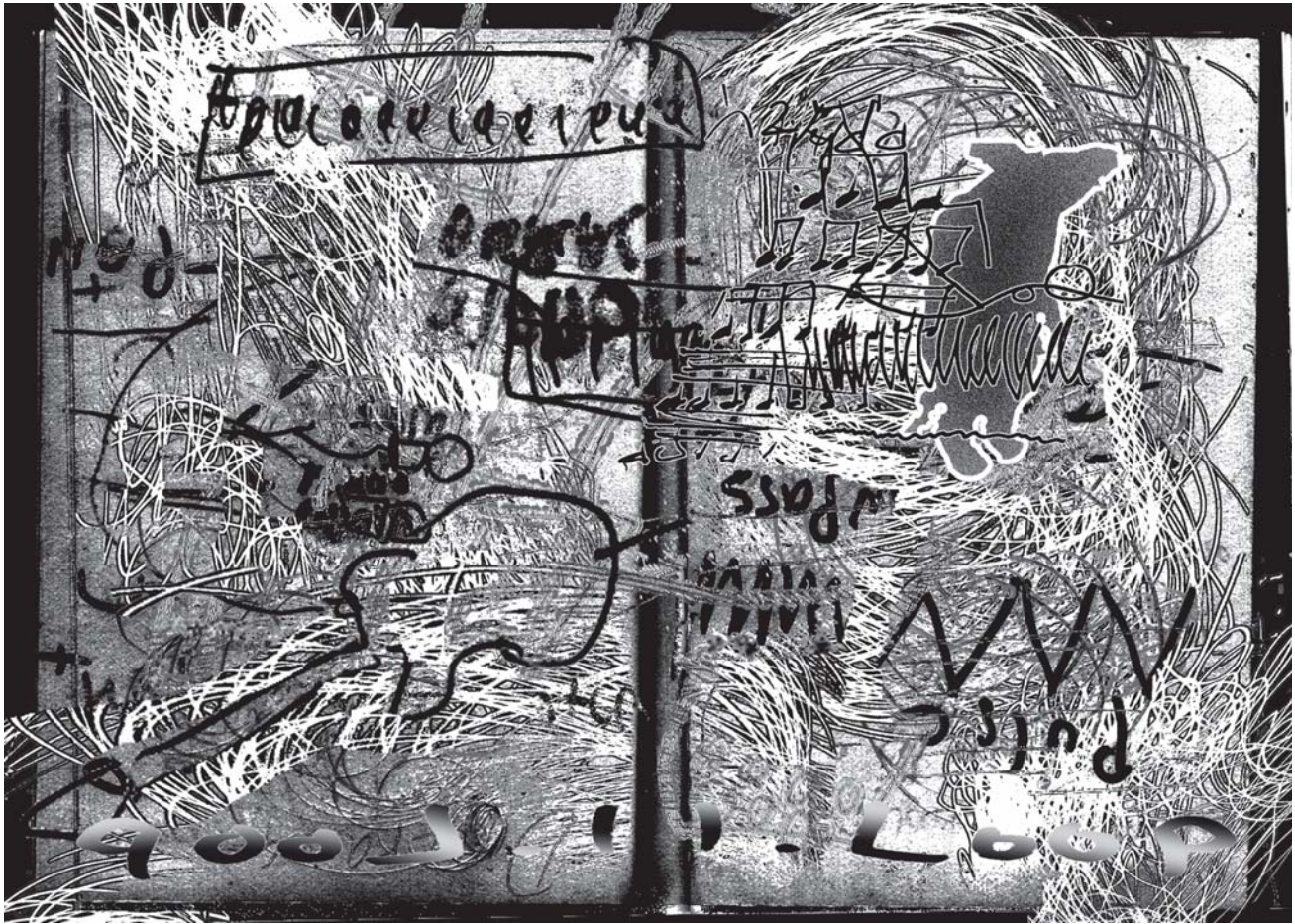
por empresarios y torcedores cubanos en algunas ciudades de la Florida, que hasta 1820 había sido parte del territorio cubano. En ese mismo año de 1849 y también en Nueva York, el poeta Miguel Teurbe Tolón diseña la bandera cubana. Él y otros proscritos que viven desde finales de los cuarenta en distintas ciudades de los Estados Unidos, ven recogida su poesía en 1858, bajo el título de *El laúd del desterrado* (Gruez: 2002: 146-149). Otro de ellos, Cirilo Villaverde, que reside desde principios de los cincuenta en Nueva York, publica allí, en 1882, la versión definitiva de su *Cecilia Valdés*, novela “fundacional” cubana (Sommer, 1991). Para entonces ya se ha instalado en Nueva York José Martí, quien vivirá quince años en esta ciudad, y con el dinero recaudado entre los tabaqueros, iniciará la guerra de independencia de Cuba. Las novelas que vamos a ojear más adelante, nos acercarán al siglo XX.

El español y cubano y americano Manuel Pedro González —creador, en 1924, de la cátedra de literatura hispanoamericana de la Universidad de California en Los Ángeles, y después, del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y de la *Revista Iberoamericana*— en un artículo de 1939 que inaugura la reflexión en torno a las relaciones intelectuales entre los Estados Unidos y la América Latina, afirma que “debido a su situación geográfica y sus prolongadas luchas por la independencia (...), Cuba ha estado mucho más íntimamente vinculada a los Estados Unidos que ningún otro país de la América Latina” (90), y además, “desde 1823 (...) ha sido como un eslabón que ha conectado las dos culturas; ha desempeñado el doble papel de intérprete y propagandista de ambas” (90-91), ya que “los cubanos han estado mucho más familiarizados con la cultura de los Estados Unidos que sus colegas al sur del Río Grande” (91).

En esta “íntima vinculación”, en esta “conexión” de Cuba con los Estados Unidos que funda José María Heredia —a quien William Cullen Bryant traduce sus poemas (Gruez, 2002)— el norte aparece como “la tierra de la libertad en que se abre un asilo inmenso a todos los oprimidos” (Heredia, 1826b:102). Pero desde entonces, o aún antes, Cuba era para los políticos de Estados Unidos la manzana que tarde o tem-

prano caería en su patio, el objeto de su ansiedad de complementación, de su deseo de seguridad, de su afán de expansión, que hasta la llegada del momento propicio debería quedar en posesión de la segura España —como lo reconoce el propio Heredia en su reseña sobre el “Mensaje del Presidente Adams a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos del Norte sobre el Congreso de Panamá”—, es decir, sobre la prohibición norteamericana de que las tropas de Bolívar contribuyeran a la independencia de Cuba (Heredia, 1826a:129-132). España, por su parte, es para separatistas o reformistas, y según Heredia (1965): “el demonio sangriento del mal” (65). Por eso, la valoración de los Estados Unidos que ofrecieron en sus textos los cubanos del siglo XIX se realizó, en sentido general, por “triangulación”, teniendo como referencia a España, y procediendo de manera “reactiva”, es decir, enfrentando al vecino del norte con la metrópoli, y viceversa. Así pues, tanto para los cubanos comprometidos con “la causa”, como para quienes sin mayor definición política denunciaban las condiciones de deterioro físico y moral que se vivían en la Isla, los Estados Unidos eran el modelo que oponer a España y, sobre todo, a su administración local, de modo que, en sentido general, lo que durante el siglo XIX se escribía en Cuba sobre los Estados Unidos, tenía un correlato implícito o explícito en la realidad colonial de la Isla, por lo que estos textos se constituyeron en un importante y a veces único espacio de cuestionamiento abierto del poder español. José Martí, como sabemos, es un caso aparte. Su visión de los Estados Unidos, que, aunque en función del destino de Cuba, se construyó desde adentro —por eso hay quienes lo estudian como un autor norteamericano o de las Américas—, tuvo como eje la predecible confrontación entre el naciente coloso y la que él llamara “Nuestra América”, confrontación que se concreta poco después con la intervención en 1898 de las tropas norteamericanas en la guerra de independencia de Cuba. La historiografía cubana ha reconocido la denominación de “entre imperios” (Pérez, 1982) como la más acertada para denotar el complejo periodo que va de 1898 a 1902, periodo que comprende el bochornoso cese de la dominación española, más de cuarenta meses de voraz e infatigable ocupación norteamericana, y la pomposa instauración de una república abiertamente neocolonial. En este “Estado nacional con soberanía limitada” (Marqués, 2002), el dominio polí-

¹ Cf. el grabado de Henry Pappprill, sobre acuarela de John W. Hill, *New York from the Steeple of St. Paul's Church, looking East, South and West*, de 1849, donde se aprecia, en el toldo de una tienda de Broadway, el letrero: “Havana Sigars”.



tico y económico y la influencia sociocultural de los Estados Unidos, pautan la vida de la burguesía y de parte de la clase media, pero también radicalizan las tendencias nacionalistas fomentadas por las luchas por la independencia.

En 1999, sesenta años después del artículo del profesor de UCLA, el historiador Louis A. Pérez, que expone muy documentadamente a lo largo de unas seiscientas páginas y en todos los campos, no sólo en el de la cultura, la profunda índole de esa “familiaridad” entre Cuba y los Estados Unidos de la que hablaba González, y la tremenda importancia de la experiencia de vida norteamericana desarrollada tanto del lado de allá como del lado de acá del estrecho de la Florida, como factor constitutivo de identidades, mentalidades e imaginarios cubanos, lo que explica en buena medida el carácter tan drástico, tan apasionado que asume el enfrentamiento entre ambos países a partir de la Revolución y el radical alineamiento con o contra los Estados Unidos que se produce casi de inmediato en la Isla (Pérez, 1999).

Las primeras oleadas de emigrantes cubanos al Norte, producidas desde inicios de la Revolución, están integradas por miembros del gobierno de Batista, o por quienes, ante las primeras medidas revolucionarias, están seguros de que los norteamericanos intervendrán rápidamente, y prefieren alejarse, pero no mucho, de la zona de conflicto. Estas y las que se van después, a lo largo de tres lustros, son familias de la burguesía y la pequeña burguesía que se “exilian” fundamentalmente en el sur de la Florida —adonde se les estimula a viajar y donde son recibidos con una serie de ventajas particularmente estipuladas para ellos, que luego se mantendrán con variantes, hasta nuestros días. Aquellos primeros emigrantes conformaron los autodenominados “Exilio Dorado” (1959-1962) y “Vuelos de la Libertad” (1965-1973), términos que indican a las claras su origen de clase, su beligerancia y el deseo manifiesto de quienes se los atribuían de aislarse de aquellos que llegarían después. En el resto de los setenta y en los ochenta el flujo migratorio tendió más a originarse en razones económicas, y a estar

compuesto fundamentalmente por trabajadores, pero hubo momentos, como el de la masiva salida por el Mariel (1980), en el que se mezclaron distintas categorías poblacionales y diferentes causas. Por lo demás, todavía en los ochenta la emigración se encontraba bastante satanizada en Cuba, pese a que desde 1979 estaba autorizado el regreso como visitantes de quienes se habían ido después de 1959. A partir de los noventa, cuando la desaparición del Campo socialista y de la Unión Soviética llevó a la Isla a un grave deterioro de todo orden, la emigración es eminentemente económica, incluye tanto trabajadores como profesionales, no se dirige exclusivamente a los Estados Unidos y no está marcada políticamente. Aunque episodios como la salida de balseiros en 1994 y el tráfico ilegal de personas promuevan sucesivas crisis.

En el último censo realizado en los Estados Unidos poco más de un millón trescientos mil encuestados se declararon cubanoamericanos. Frente a cerca de cuarenta millones de latinos, esta cantidad es casi irrisoria. Pero, como se sabe, por su origen de clase, por los beneficios que les ha otorgado el gobierno norteamericano y por su enconada voluntad de demostrar que volverían a ser quienes fueron o soñaron ser, no cabe duda de que el poder económico y político de la comunidad cubana, y su capital intelectual son quizá los más altos entre los hispanos.

Por ello no les faltó una temprana y abundante expresión literaria. Desde los primeros momentos contaron con reconocidos escritores, como Lydia Cabrera, Lino Novás Calvo, Agustín Acosta o Enrique Labrador Ruiz, a los que se fueron sumando otros, como Heberto Padilla, Antonio Benítez Rojo, Reinaldo Arenas y, por supuesto, los de segunda y tercera fila, así como nuevos y pronto olvidados “talentos”. Esta literatura cubana escrita en español, y denominada “del exilio”, se interesa mayoritariamente en rememorar el pasado o en denunciar y repeler todo lo acontecido en la Isla después de 1959. A ella, más que sucederla, se contraponen la llamada literatura cubanoamericana, que comienzan a escribir hacia los 80 aquellos que llegados de Cuba cuando niños o adolescentes, se expresan preferentemente en inglés, se interesan por indagar en torno a su propia y complicada identidad, y por rescatar una cubanidad que no conocen o que les han falsificado, al tiempo que reaccionan muchas veces sarcástica o humorísticamente frente al tradicionalismo, el conservadurismo y la obsesión de sus mayores, empeñados en permanecer al

margen de la historia, viviendo en una Cuba imaginaria y estancada en un tiempo y una lengua fosilizados. Entre los principales exponentes de la literatura cubanoamericana están Gustavo Pérez Firmat, Dolores Prida, Roberto G. Fernández, Virgil Suárez, Achy Obejas, Ana Menéndez y Cristina García².

Haber sido testigo de la aparición y el desarrollo de esta literatura cubanoamericana en el marco mayor de la literatura latina de los Estados Unidos, la que a su vez se integra en el caudal cada vez más denso de una literatura étnica producida y mercadeada en la periferia de las grandes literaturas occidentales, constituyó un reto para quien, como yo, se interesa por el comparatismo, por los múltiples y casi siempre torcidos caminos de la construcción nacional y cultural, y por la literatura escrita por mujeres. Por eso que me propuse hace unos cuantos años extender el campo de análisis de textos de escritoras de origen cubano —que hasta el momento se había restringido principalmente a los de cubanoamericanas contemporáneas— a autoras cuya obra se desarrollara en otras lenguas, o en español, pero en el marco de otras literaturas nacionales³, más allá de los límites temporales del actual *mini-boom* de la literatura latina o hispana, tan manipulado por la industria editorial en los Estados Unidos y sus prolongaciones transnacionales.

A los principios más generales con que comencé a establecer el corpus —textos de escritoras de origen cubano escritos en otras lenguas, o producidos en el contexto de otras literaturas, más allá de los límites temporales contemporáneos—, añadí otros tres criterios selectivos: serían textos extensos, preferentemente narrativos o memorialistas, a través de los cuales escritoras que ocuparan un lugar reconocido en el canon literario de mujeres, “imaginaran” la comunidad nacional y realizaran una indagación sostenida en torno a la condición y la identidad cubanas.

² La bibliografía sobre el tema es amplísima, polémica y contradictoria. Cf., para un excelente resumen de la producción narrativa cubanoamericana, García, María Cristina (2004). “Cuban American prose, 1975-2000”, en *Literary Cultures of Latin America. A Comparative History*. III. Nueva York: Oxford University Press (464-469).

³ Cf. algunos resultados de mi trabajo en Campuzano, Luisa. “Ruinas y paisajes de la memoria” [sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda], en *La Gaceta de Cuba* 2 (marzo-abril de 2003) (35-37), (también publicado en *Mediações, Anais do VIII Congresso Internacional ABRALIC 2002*. Belo Horizonte, Compact Disc); y en “Paesaggi nella memoria” [sobre Alba de Céspedes], en *Scrittrici e intellettuali del Novecento, approfondimenti*. Alba de Céspedes (2005). Marina Zancan (ed.). Milán, Mondadori (216-225).

Mis primeras búsquedas me han permitido establecer un corpus que traza un arco desde los años treinta del siglo XIX hasta nuestros días; que abarca cuatro lenguas: francés, español, italiano e inglés, y cinco literaturas: francesa, española, italiana, mexicana y norteamericana, y está constituido por una veintena de textos de seis relevantes autoras, la última de las cuales es Cristina García, quien, nacida en La Habana en 1958, llegó de dos años con sus padres a los Estados Unidos y creció y estudió en Nueva York donde alcanzó una excelente formación, encauzada primero hacia los estudios de política internacional, luego al periodismo y por último a la creación literaria.

Dreaming in Cuban (1992) y *The Agüero Sisters* (1997), las dos primeras novelas de García, despliegan sus tramas, simultáneamente, en estos dos escenarios geográficos contiguos, pero tajantemente separados: Cuba y los Estados Unidos; y entre ambas novelas se recrean unos ochenta años del siglo XX cubano, aunque, *stricto sensu*, *Soñar en cubano* transcurre entre 1972 y 1980, y *Las hermanas Agüero*, entre finales de 1990 y casi todo 1991.

Relatadas de modo directo, o a través de un narrador, por voces que hablan desde distintos tiempos y en diferentes registros, estas tramas se construyen a partir del interés de mantener o recuperar vínculos familiares que si bien habían sido dañados, en las dos novelas, con anterioridad a la Revolución, resultan aún más violentamente escindidos por ella, y por tanto, cuando comienzan ambas narraciones, son imposibles de sanar a menos que puedan reencontrarse sus miembros. Esto finalmente ocurrirá porque en ellas prevalecen los personajes femeninos, que han preservado la memoria y de algún modo han mantenido el contacto. O sea, la genealogía que articula ambos relatos a través de los conflictos entre tres generaciones: abuelos, padres, nietos, es una genealogía marcadamente matriarcal, y aunque las figuras masculinas están presentes, son las abuelas, las madres, las hermanas y las hijas quienes tejen los hilos que dinamizan el reencuentro.

Estas novelas, deudoras de los artificios de un realismo mágico por momentos más a lo Isabel Allende que a lo García Márquez, y hasta cierto punto, de una poética del fragmento, de la multiplicidad de puntos de vista y la dislocación del sujeto, se muestran ansiosas por incorporar elementos del paisaje, de la flora y la fauna de la Isla, de las edificaciones en ruinas, de los viejos automóviles americanos, de la música, de la cultura afrocubana y de los conflictos raciales, de retazos de historia pasa-

da; por captar de igual modo comportamientos, mentalidades e idiosincrasia; por indagar en las dificultades, los riesgos y los desenfrenos de la vida cotidiana de la Cuba contemporánea, y en las motivaciones de quienes han optado por quedarse en ella o por irse. Y, al mismo tiempo, asumen la representación del mundo del exilio, en Nueva York y sobre todo en Miami, con una ironía implacable, en la que la carnavalización y la hipérbole marchan de la mano con un realismo caricaturesco.

Aunque en varias entrevistas García ha negado el carácter autobiográfico que la crítica ha creído encontrar en Pilar⁴, la protagonista eje de *Soñar en cubano*, son muchos los elementos de la caracterización de este personaje que coinciden con experiencias de la autora y de su entorno, como el hecho de que haya viajado muy niña a los Estados Unidos, de que la familia de su madre optara por quedarse en Cuba mientras que la paterna —de origen centroamericano, como la de Pilar— también se exiliara, de que viviera en Brooklyn y estudiara en Barnard, de que viajara por primera vez a Cuba en los ochenta... Por ello no deja de ser relevante que Pilar siempre hable en primera persona, mientras que los demás personajes protagónicos son presentados por el narrador⁵.

Con trece años Pilar escapa de su casa y viaja a Miami con la intención de poder llegar a Cuba y reencontrarse con su abuela: “Aunque he estado viviendo en Brooklyn toda mi vida, no siento que sea mi patria. No sé si Cuba lo es, pero quisiera averiguarlo” (García, 1992: 58)⁶. Ocho años después logra hacer este viaje a sus orígenes, al final del cual reconoce, como todo aquel que repasa su *iter vitae*, que ya no es la misma: “He comenzado a soñar en español, cosa que no me había pasado nunca. Me despierto sintiéndome distinta, como si algo dentro de mí estuviese cambiando, algo químico irreversible”; y sabe también cuál es el espacio al que pertenece, aunque esta pertenencia sea relativa: “(...) tarde o temprano tendré que regresar a Nueva York. Ahora sé que es allí adonde pertenezco (y no *en vez* de aquí, sino *más* que aquí)” (236).

⁴ Cf., por ejemplo, “A Fish Swims in My Lung: an Interview with Cristina García”, en *Face to Face. Interviews with contemporary novelists* (1993). Allan Vorda (ed.), Houston: Rice University press (61-76).

⁵ Salvo los más jóvenes y la santera Herminia, con quien Pilar prácticamente se ha hermanado, que también hablan en primera persona.

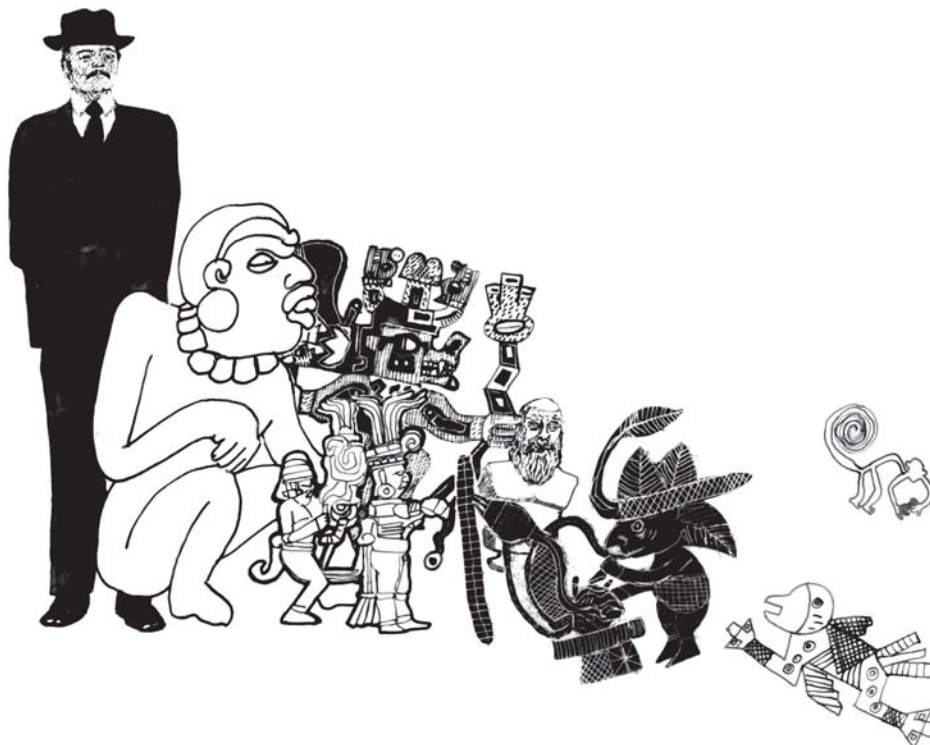
⁶ En otra ocasión (“Identidad, lengua y mercado: narradoras latinas en los Estados Unidos”, en *Revolución y Cultura* 5, La Habana (septiembre - octubre 1998) (1923), he hablado sobre la deficiente traducción española de *Dreaming in Cuban*. Por eso he preferido que en este artículo sean más todas las traducciones de pasajes de este y otros textos de García.

De este modo Pilar replantea, otorgándole mucho más peso a uno de los componentes de su biculturalidad, el dilema enunciado por Lourdes Casal (1981) en su antológico poema “Para Ana Velford” (1981): “demasiado habanera para ser newyorkina, / demasiado newyorkina para ser, / —aún volver a ser— cualquier otra cosa” (61), y reformulado por Gustavo Pérez-Firmat (1994) desde el mismo título de su conocido ensayo *Life on the Hyphen: the Cuban American Way*, sobre el que volveremos, con Cristina García, más adelante.

Si la editora de la primera novela de García decidió cambiar el título que le había dado su autora: *Tropic of Resemblances*, tomado de un verso de Wallace Stevens, ese poeta norteamericano tan “familiarizado” en vida y obra con Cuba⁷; todo parece indicar que o nadie intentó sustituir el título de su segunda novela, a pesar de su aire decimonónico, de su neutral carácter denotativo y de la posible dificultad que implicaría memorizar y, sobre todo, mercadear el raro apellido de las hermanas; o que la autora se opuso a cambiarlo. Como sabemos, los nombres de los personajes tienen una gran carga semántica en los textos de ficción, y del mismo modo que el apellido de Pilar es Puente, quizá la palabra más repetida por los cubanoamericanos a comienzos de los noventa —recordemos la colección de textos *Bridgesto Cuba/Puentes a Cuba*, editada en 1995 por Ruth Behar—; Agüero, el apellido de Constanica y Reina —nombres bien signifi-

cativos, como el de su madre: Blanca, o el de la hija de Reina: Dulce Fuerte— es una palabra ubicable en el campo semántico del *fatum*, el enigma, la sospecha... Y esta novela explora, precisamente, las múltiples consecuencias del modo de ser y la conducta de una mujer enigmática, que trastorna la vida de su marido y marca para siempre a sus hijas, quienes separadas por sus respectivos caracteres y destinos, y por la Revolución, vuelven a encontrarse a principios de la crisis de los noventa en Miami, para de conjunto iniciar ese viaje hacia el pasado que conducirá a Constanica a regresar a Cuba cuarenta años después de su partida, y a descubrir los buenos y malos agujeros que orientaron sus vidas⁸.

Entre sus *Soñando en cubano* y *Las hermanas Agüero* Cristina García escribió el ensayo introductorio de *Cars of Cuba* (1995), hermoso libro de fotografías de Joshua Greene, para el cual seguramente solicitaran su concurso dado el éxito de *Dreaming in Cuban*, finalista del National Book Award en 1992, y traducida a siete idiomas, con gran cantidad de reimpresiones y reediciones. No sé si este ensayo contribuyó a reforzar el aura de exotismo que desde los espacios académicos más rigurosos se le reprochaba a su novela, reparo que también alcanzó a *Las hermanas Agüero*, leída muy superficialmente por algunos críticos, pero también traducida a siete idiomas aunque con menor éxito en cuanto a ediciones y reimpresiones.



Pero en 2003 aparece *iCubanísimo!* con signo de admiración al comienzo y acento en la *i* del superlativo, es decir, en perfecto español, y el subtítulo de *The Vintage Book of Contemporary Cuban Literature*, editado y prologado por Cristina García, quien decide reunir textos de cerca de treinta autores cubanos de la Isla, de Miami y de otros espacios de la diáspora, desde José Martí hasta Rafael Campo, agrupándolos a partir de una marca de la cubanía que hasta entonces no había explotado: la música: “Para los cubanos no hay nada más fundamental que la música. En Cuba los niños llevan con sus manitas el ritmo de la músicaailable antes de haber aprendido a caminar”. De acuerdo con su tiempo histórico y con su tempo musical, los textos se organizan en cinco secciones: danzón, rumba, son, mambo y salsa. Y en el prólogo, más de una vez asoman su rostro unos constituyentes étnicos de la nación cubana de los que apenas se habla: los chinos.

De ellos trata la que su autora anunciara alguna vez como última entrega de su trilogía cubana: *Monkey Hunting*, también de 2003. Sin dudas, su novela más impactante, compleja y mejor escrita, con la que rescata toda una dimensión no ficcionalizada antes de la historia nacional cubana, que en esta obra se plantea, además, desde una perspectiva inédita y en sus conexiones más imprevisibles. Sin temor a pecar de osada, me atrevería a afirmar que en relación con la literatura cubanoamericana, *Monkey Hunting* constituye una contribución similar a la del Alejo Carpentier que en *El reino de este mundo* reinserta a Cuba en un contexto caribeño que va mucho más allá del reducido ámbito de las Antillas hispanas y de sus relaciones con la metrópoli, para involucrarla en conflictos de repercusión mundial.

Si era imposible colocar al inicio de *The Agüero Sisters* un árbol genealógico como el que precede al texto de *Dreaming in Cuban*, porque los misterios que deben desentrañar las hermanas junto con los lectores quedarían rápidamente en evidencia; en *Monkey Hunting* esta ayuda es indispensable, pues así lo exigen el dilatado tiempo (1857-1970) en que se desarrollan las tres tramas que conforman la novela, el número de personajes que la

pueblan y su compleja estructura narrativa. Por ello también, como en las dos novelas anteriores, cada sección va cronológicamente acotada.

La trama central, que ocupa dos terceras partes de la novela, es la que la inicia y la concluye, a través de un desarrollo lineal que lleva a Chen Pan, su personaje protagónico de su China natal, donde es contratado en 1857 para trabajar en Cuba, al barrio chino de La Habana, donde muere en 1917, convertido en un comerciante discretamente próspero. Desde que se inicia la larga y siniestra travesía de tres meses, se hace evidente el engaño de que él y sus compañeros han sido víctimas. Llegados a La Habana, son vendidos como esclavos. A Chen Pan lo compra el dueño de La Amada, un ingenio situado en el centro de la Isla. En los campos de caña y en los barracones, entra en contradictorio contacto con los negros y su tan ajeno mundo; sufre los castigos que el rudo trabajo, el clima y el mayoral le imponen; y continúa cultivando aquel arte de la resistencia, tan milenarrio como sus raíces, que le había permitido sobrevivir en el barco. Recuperando su habilidad infantil para cazar monos, mata de una pedrada al mayoral y posteriormente huye al monte. A partir de aquí sólo conocemos episodios aislados de la historia de Chen Pan, que nos permiten reconstruir su curso y su entorno. Llegado no sabemos cómo al naciente barrio chino de La Habana, decide no regresar a su patria, sino asimilarse, y vestido a la cubana, pero sin haber adoptado un nombre de pila español, como hicieran muchos de sus compatriotas, vive en los altos de su comercio de objetos de segunda mano que con el tiempo se han ido convirtiendo en antigüedades, con su sirvienta Lucrecia, una mulata que ha comprado junto con su hijo, no sólo para que lo atienda, sino porque detesta la esclavitud. A ella la deja encargada de su negocio a fines de 1868, cuando decide unirse a los chinos que combaten por la independencia de Cuba en la recién iniciada Guerra de los Diez Años. Dos décadas más tarde, y desde la perspectiva de Lucrecia —que también rememora su propia historia—, se narra lo acaecido en ese lapso: el regreso de Chen Pan de la guerra, su unión, y el nacimiento de los tres hijos de la pareja, así como los cambios acaecidos en el barrio y en el protagonista. En 1899 muere Lucrecia, que había pedido ser enterrada en el cementerio chino. La vida de Chen Pan oscila entonces entre la desolación por la pérdida de su mujer, las relaciones con sus viejos paisanos, y el consuelo que encuentra en su hijo Lorenzo y su nieto Pipo, con quienes de regreso de un viaje a Oriente, es testigo

⁷ Cf. *Secretaries of the Moon. The Letters of Wallace Stevens & José Rodríguez Feo* (1987). Beverley Coyle and Alan Filreis (eds.). Durham: Duke University Press.

⁸ Antes de pasar a otros textos, quiero indicar que uno de los epígrafes con que se abre *The Agüero Sisters* de Hart Crane, el para siempre joven poeta norteamericano muerto misteriosamente en, o junto a las costas de Cuba.

de la persecución y matanza de negros en 1912, episodio de la historia oculta de la Isla que ya se había abordado brevemente en *Dreaming in Cuban*. En sus últimos años, ante la llegada de nuevos chinos, con otras costumbres, y el progresivo deterioro de la política nacional y de la naturaleza por el desmonte de grandes extensiones de tierra que se dedicarán al cultivo de la caña —otra obsesión de García—, Chen Pan se consagra a la reflexión y a recuperar su identidad: vuelve a usar su coleta y su holgada ropa de chino.

Las otras dos tramas, desarrolladas paralelamente a la central, mediante episodios que la autora estructura e intercala como sucesivos contrapuntos, tienen su inicio, en el tiempo histórico, bastante después de ocurrida la muerte de Chen Pan.

La segunda trama que aparece en el texto, se inicia en 1969 en Nueva York, adonde han emigrado muy recientemente nuestro ya conocido Pipo, nieto favorito de Chen Pan y antiguo cocinero de la Base Naval de Guantánamo, y su hijo Domingo, cuya madre, tremendamente revolucionaria, ha quedado en Cuba con sus hermanos, negros o mestizos bongoseros o congueros que han formado a Domingo en las tradiciones afrocubanas. Pipo, incapaz de adaptarse a Nueva York, se suicida en el metro, y Domingo es enviado a Vietnam, donde pasa por varios círculos de aquel infierno, en los que sus recuerdos de Cuba son una suerte de escape. A su salida del hospital “se casa” con una ex prostituta vietnamita que tendrá un hijo suyo, pero a la que él abandonará para terminar no sabemos cómo ni dónde.

La tercera y más sorprendente trama es la última que se presenta al lector. Se desarrolla todo el tiempo en Shanghai, pero en diferentes momentos: 1924, 1939 y 1970; y es la única narrada en primera persona, por Chen Fang, un personaje cuya existencia ignoramos pese a ya mencionado árbol genealógico, y cuyo sexo no descubrimos hasta pasadas varias páginas. Es una de las tres hijas que tuvo Lorenzo en China a fines del siglo XIX, cuando fue allí a estudiar medicina tradicional. Criada como hombre, recibió una educación que, tras el fracaso de su matrimonio y el secuestro de su hijo, le permitió enseñar en un colegio internacional, donde conoce a una francesa cuyo marido había sido cónsul en Cuba. Con ella inicia una amistad que devendrá poco después en una relación amorosa que la guerra interrumpe. Durante el periodo de la revolución cultural, pese a tener setenta y dos años, es perseguida, encarcelada y torturada. De ella tampoco sabemos cómo terminará, pero su úni-

ca esperanza es ir a Cuba a buscar su familia: “Hay una calle llamada Zanja en el este de La Habana donde viven los chinos. Seguramente alguien habrá oído hablar de mi padre Lorenzo Chen, el fino herborista. Tengo que aprender yo sola español. ¿Quién sabe si mi familia cubana pueda hablar chino?” (García, 2003: 232-233). Si en las primeras novelas de García prevalecen los personajes femeninos, porque el padre cubano del exilio ya no es más aquel señor impositivo, sino alguien con muchas dificultades para adaptarse; en *Monkey Hunting*, como se ha señalado, los personajes masculinos son los más relevantes. Sin embargo, Chen Fang no sólo da lugar a las más hermosas páginas escritas por García, como ha dicho Eliana Rivero⁹, sino quizás es el personaje más trágico y conmovedor de toda su obra.

A diferencia de sus novelas anteriores, *Monkey Hunting* no ha tenido demasiado éxito editorial y sólo ha sido traducida al neerlandés, el español y el catalán. Posiblemente esa sea una indiscutible señal de su calidad literaria. O tal vez tan poca alharaca se deba a que al año siguiente de su aparición, la fertilísima Zoé Valdés, capaz de escribir una novela por año, le robó el show, con la publicación de *La eternidad del instante*, iinspirada en un providencial abuelo chino!¹⁰

Lamentablemente no tengo abuelos chinos, pero siendo muy joven tuve la suerte de trabajar como auxiliar de investigación del gran polígrafo cubano Juan Pérez de la Riva que entonces, a mediados de los sesenta, preparaba su obra más ambiciosa: *Los culíes chinos en Cuba*, publicada un cuarto de siglo después de su muerte, en 2000, porque el marxismo ortodoxo —que en otras latitudes había desestimado obras fundamentales sobre la trascendencia del colonialismo y del trabajo esclavo para el auge económico de la burguesía, como *Capitalism and Slavery*, de Eric Williams, por ejemplo—, en Cuba consideró que el libro de los chinos era intrascendente por

⁹ Agradezco a Eliana Rivero, sin duda una de las mejores conocedoras de la obra de García, el envío por e-mail de manuscritos de sus trabajos sobre esta autora publicados o inéditos. Cito, del manuscrito de su “*Monkey Hunting* by Cristina García. A Transnational Ending to a Cuban Trilogy?”, presentado en el congreso de escritoras latinas celebrado en San Antonio en julio de 2003: “These chapters, especially the one entitled ‘Plums’, contain possibly the most exquisite and delicately erotic prose in all of García’s works”.

¹⁰ Mayra Montero había publicado en los noventa una novela, *Como un mensajero tuyo*, que en parte adelantó la temática china en la narrativa cubana de la diáspora. Ahora se anuncia por Grijalbo, una novela de Daína Chaviano: *La isla de los amores infinitos*, que recorre dos siglos de historia cubana con importante participación de los chinos.

cuanto no enfocaba la contradicción fundamental de la sociedad cubana en la segunda mitad del siglo XIX, y por ello se postergó indefinidamente su publicación. Entre 1847 y 1874 llegaron a Cuba, viajando directamente de China o de Macao, más de ciento cincuenta mil culíes contratados para suplir la escasez real o potencial de esclavos africanos debida a que la trata era cada vez más perseguida (Pérez de la Riva, 2000). Como pasé meses en el Archivo Nacional copiando y resumiendo legajos contentivos de contratos, reclamaciones, y pleitos establecidos por los cónsules ingleses y portugueses —entre ellos, Eça de Queiroz, defensor de los chinos— en relación con el cese de este tráfico humano y el estatus “migratorio” de los culíes después de vencidos sus contratos, me pareció muy bien que García, tras haber consultado mucha bibliografía sobre el XIX cubano, hubiera optado, como dijo en una entrevista, por despreocuparse de los datos y tratar de narrar una buena historia..., al tiempo que recordaba los inolvidables restaurantes chino-cubanos de Manhattan, donde, como aquel en el que trabajaba Domingo Chen, las nuevas generaciones siguen hablando y cocinando en chino y en cubano, aunque hayan aprendido inglés.

Sin duda tanto en ésta como en sus anteriores novelas hay imprecisiones, anacronismos, errores, pero en su conjunto la trilogía cubana de García ha construido una crecientemente enriquecedora imagen de la nación y de su cultura, en la que se funden, sin diluirse, sus principales elementos constitutivos, en permanente dinámica.

En los últimos años, García ha recorrido varias universidades norteamericanas ofreciendo una conferencia titulada “Beyond the Hyphen: Identity in the Age of Multiculturalism”; que constituye un reto al inalterable, equidistante y equilibrista cubanoamericanismo del “living on the hyphen” de Pérez-Firmat; y para octubre se anuncia la publicación de *Bordering fires. The Vintage Book of Contemporary Mexican and Chicano/a Literature*, antología seleccionada y prologada por Cristina García, con su correspondiente edición en español, como también la tuvo *iCubanísimo!*.

El hecho de que García resida desde hace años en California ha contribuido seguramente a su mayor comprensión de los procesos culturales en los espacios posmigratorios, de la condición cubana y cubanoamericana, y de su propia identidad. Porque tanto para los que viven del lado de allá, como para los que vivimos del lado de acá, estos espacios posmigratorios constituyen,

como ha dicho Arcadio Díaz Quiñones “otra topografía social y cultural que cuestiona los modos de pensar lo nacional y desjerarquiza las tradicionales legitimaciones de lo literario”, por ejemplo, la lengua, digo yo; al tiempo que —continúa el maestro puertorriqueño—, por una parte “implica la dificultad de imaginar una autosuficiente cultura situada en un único territorio con un tiempo histórico lineal y continuo” y por otra parte determina “una nueva espacialización de la memoria que desmiente cualquier ilusión de *integración* fácil a la cultura norteamericana”. ☞

Bibliografía

- Cabrera, Raimundo (1982). *Cartas a Govin. Impresiones de viaje*. La Habana: La Moderna.
- Cars of Cuba* (1995). Essay by Cristina García, photographs by Joshua Greene, created by D. D. Allen. Nueva York: H. N. Abrams.
- iCubanísimo! The Vintage Book of Contemporary Cuban Literature* (2003). Edited and with an introduction by Cristina García. Nueva York: Vintage Books.
- Lourdes Casal (1981). “Para Ana Velford”, en *Palabras juntan revolución*. La Habana: Casa de las Américas.
- Díaz Quiñones, Arcadio (1997). “La literatura y la metanación puertorriqueña”, en *El Nuevo Día*. San Juan, 7 de diciembre (10). Citado en Cañas, Dionisio (2004). “New York City: Center and Transit Point for Hispanic Cultural Nomadism”, en *Literary Cultures of Latin America. A Comparative History*. Nueva York: Oxford University Press, II, (690-691).
- García, Cristina (1992). *Dreaming in Cuban*. Nueva York: Alfred A. Knoff.
- García, Cristina (1997). *The Agüero Sisters*. Nueva York: Alfred A. Knoff.
- García, Cristina (2003). *Monkey Hunting*. Nueva York: Alfred A. Knoff.
- González, Manuel Pedro (1939). “Las relaciones intelectuales entre los Estados Unidos e Hispano América”. *Universidad de La Habana* 8. (24-25) (84-110).
- Gruez, Kirsten Silva (2002). *Ambassadors of Culture. The Transamerican Origins of Latino Culture*. Princeton y Oxford: Princeton University Press.
- Heredia, José María. “Himno del desterrado”, en Lezama Lima, José (1965). *Antología de la Poesía Cubana*. La Habana: Editora del Consejo Nacional de Cultura (65-67).
- Heredia, José María (1826a). “Mensaje del Presidente Adams a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos del Norte sobre el Congreso de Panamá” en *El Iris*. I. México: Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 1988. (Edición facsimilar.) (129-132).
- Heredia, José María (1826b). “Cartas sobre los Estados Unidos” en *El Iris*. 2. México: Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 1988. (Edición facsimilar.) (100-102).
- Marqués Dolz, María Antonia (2002). *Las industrias menores: Empresarios y empresas en Cuba (1880-1990)*. La Habana: Editora Política.
- Nin, Anaïs (1978). *Linotte. The Early Diary of Anaïs Nin. 1914-1920*. Translated from the French by Jean L. Sherman. Nueva York/Londres: Harcourt, Brace, Jovanovich.
- Pérez Jr., Louis A (1982). *Cuba between Empires, 1878-1902*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Pérez Jr., Louis A. (1999). *On Becoming Cuban; Identity, Nationality, & Culture*. Chapel Hill y Londres: The University of North Carolina Press.
- Pérez de la Riva, Juan (2000). *Los culíes chinos en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Sommer, Doris (1991). *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press.